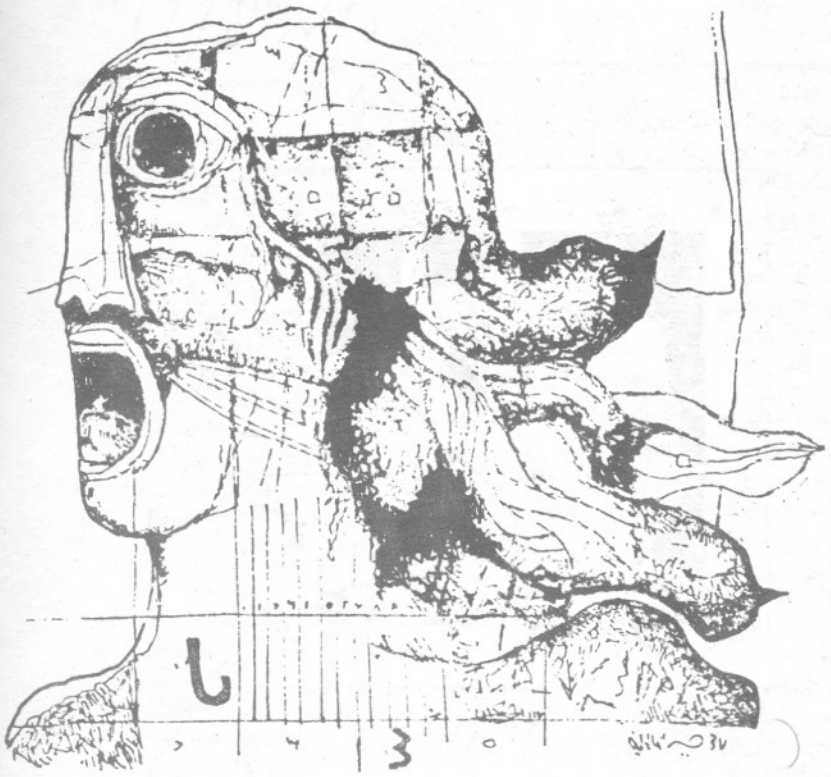


Fadwa Tuqán

ME BASTA CON SEGUIR EN TU REGAZO

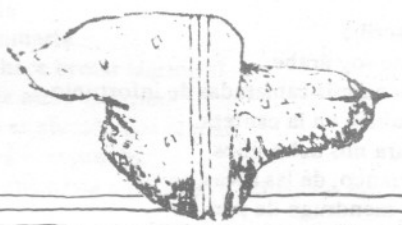
Me basta con morir encima de ella,
con enterrarme en ella;
bajo su tierra fértil disolvente, acabar,
y brotar hecha yerba de su suelo;
hecha flor, con la que juegue
la mano de algún niño crecido en mi país.
Me basta con seguir en el regazo de mi tierra:
polvo, azahar y yerba.

LA PESTE

El día en que se extendió la peste en mi ciudad,
me eché al campo desnudo.
Abierto el pecho al cielo,
gritando desde lo hondo de las penas:
¡Arreadnos las nubes!
¡Soplad, vientos, soplad!,
y bajadnos las lluvias.
Que depuren el aire de mi ciudad,
que laven las montañas, las casas y los árboles.
¡Soplad, vientos!. . . ¡Arread los nubarrobes!
¡Y que caigan las lluvias!
¡Y que caigan las lluvias!
¡Y que caigan las lluvias!

CUANDO LLUEVEN LAS MALAS NOTICIAS

El viento en las montañas trenza el humo,
y por sendas de noche y de tormenta
llueven rocas y piedras
en la ceniza, negras;
en la humareda, negras.
¡Qué lluevan como quieran esas rocas!
¡Qué lluevan como quieran esas piedras!
El río sigue corriendo hacia su desembocadura,
y pasado el recodo de las sendas, en la amplia distancia,
espera la mañana.
Espera la mañana por nosotros.



ENAMORADO DE SU MUERTE

Se me llevan los sueños al sonreír la aurora.
Veo volar a mi pájaro,
dejarme antes de tiempo;
írseme de la mano en el remolino de los vientos,
empujarlos, para luego caer
desde las auroras de la lucha.

Y las rocas, abriéndole sus brazos como arroyos de seda,
recogen a mi pájaro
que abandonóme antes de tiempo,
y las patrias recobran a su hijo.
Para su viejo corazón, aún vivo,
lo recobran.

¡Oh, coral con las ramas extendidas
a ambos lados del camino!
Estoy enamorado de mi muerte
al tiempo de mi entrega redentora
Estoy enamorado de mi muerte
bajo tu roja sombra sumergida.